



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.157

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º de Septiembre de cada mes.—En correspondencia a la Administración.

JUEVES 12 DE SEPTIEMBRE DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil corso.—co-responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas, Neol y otros sistemas para riegos.—Azufradores, catadores y demás utensilios necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudes automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretilas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

Desde Madrid.

Sr. Director.

Muy señor mío: La cuestión de Cuba, sigue siendo el tema principal de las conversaciones, y la preocupación constante de los españoles. El tiempo me va dando la razón; no había fundamento serio para los pesimismo que durante algún tiempo venían dominando en la opinión, y hoy, como entonces, digo que tan malo es crear que todo lo tenemos hecho, como el figurarnos impotentes para dominar la odiosa rebeldía de nuestros hermanos de Cuba que, al desconocer nuestra tutela y al renunciar a nuestra nacionalidad, renuncian su historia, debilitan su progreso, manchan su honra y desprecian a España que es su madre, y les dió su sangre y su vida y sus glorias. No todos nuestros hermanos de afuera los mares piensan de ese modo; también hay cubanos patriotas; también existen en la hermosa Antilla hombres que se hufían con la insurrección de sus paisanos y ayudan a nuestros soldados aunque sus esfuerzos les cueste la vida y la hacienda.

Felizmente las cosas van mejor cada día; los insurrectos son vencidos en todos los encuentros; la discordia cunde en el campo separatista, y esto y sus crueldades repugnantes y sus crímenes asquerosos

harán que muy pronto las bayonetas de nuestro heroico ejército terminen de una vez y para siempre una insurrección que no justifica ni el estado de la isla, ni la sangre que corre en las venas de los rebeldes.

Aquí donde abundan las censuras al proceder de los gobiernos, fuere el que fuere, donde jamás se reconocen méritos en el que manda, hay por necesidad que reconocer que en esta ocasión está a la altura que merece la pobre España; hay quien le censura por el asunto Mora; hay quien le tacha de débil y cobarde por no oponerse al egoísmo brutal de los Estados de la Unión; pero éstos desconocen sin duda que al no reconocer el crédito, al no pagar ese millón de duros, economizábamos un capital que podía costarnos glorias, dinero y terreno. Después de toda hemos conseguido que todas las naciones nos admiren, y todas se convencen de que España no está muerta, de que tiene ejército y tiene generales organizadores; todos se admiran viendo como en pocos meses hemos puesto asentada mil hombres en la isla, acompañados de los pertrechos de guerra necesarios a una campaña de este género, y todos a una, reconocen en nuestro ministro de la Guerra méritos que yo, poco aficionado a la política, soy el primero en reconocer. Siempre he defendido las condiciones de nuestro país que está dando pruebas, en estos momentos, de no escasear ni sus entusiasmos, ni su sangre, ni su dinero; y que, como he dicho, asombra a Europa con lo que está haciendo; pero al lado de esta nota de patriotismo hay otras dos, también genuinamente españolas; una de insubordinación, y otra de chulería, que me producen verdadera indignación, y que es preciso decir con franqueza y con virilidad.

El Ferrol y la Coruña, haciendo una cuestión de orden público en estos momentos, por si se compone

ó no el *Maria Teresa* en este ó en el otro astillero, dan un ejemplo funestísimo; hablar hoy de que hay regiones que son las centientas de España, además de una inexactitud y una tontería, es una falta de patriotismo. En España no hay regiones ni provincias ni intereses particulares, ni hay ni puede haber más que España é intereses nacionales. ¿Dónde se puede componer el buque mejor, más pronto y más barato? Allí debe hacerse la reparación; y ampararse de una desgracia nacional para hacer una manifestación casi antipatriótica, está muy mal hecho.

Este es el resultado de lo que yo llamo la *anarquía de arriba*, de aquella huelga de Telegrafistas que pasó sin castigo, y á la que siguieron después las vergonzosas de los agentes de cambio y de los abogados; el resultado de las llamadas Juntas de defensa de las regiones y las localidades como ya ocurrió en la Coruña; el funesto ejemplo de las debilidades de los gobiernos. Pretender cada localidad defender sus intereses materiales, y para lograrlo perturbar la vida nacional, es un anarquismo en acción tan grave ó más, como el realizado por los que se dedican á poner petardos y tirar bombas. «Lógrense mis intereses y los demás que perezcan»; eso han dicho los huelguistas ilustrados, eso sostienen las juntas de defensa, y eso mismísimo quería Pallás.

Si un español, que lo duda, que en estas cartas, hace ocho años, á cada visita que siempre han sido de paso por lo menos de la sinceridad, y ahora como siempre he de decir y continuaré diciendo lo que entiendo que es verdad.

Madrid está también dando un espectáculo curioso con tanta novillada y tanto vocar por las calles los periódicos con las revistas de toros.

Tanto el *Rebollo* y tanto Padilla y tanto *Cherán* y tanto infundio

torero, no son propios de un pueblo que tiene que pensar en asuntos tan serios como los de Cuba.

Y ahora gallegos y madrileños pueden molestarse conmigo cuanto les plazca, pero sin mirar la cuestión imparcialmente, no podrán negar que tengo razón.

Y para terminar diré que es verdaderamente curioso lo que ocurre con nuestros vecinos del Pirineo: después de pasarse medio siglo llamándonos salvajes por nuestras aficiones toreras, ahora resultan apasionadísimos de ella, y hay municipios que se declaran en abierta rebelión para defender su *derecho á los cuernos*.

Derecho que, por otra parte, me parece muy digno de respeto.

De usted afectísimo, s. s.

García Fernández.

Microscópicas.

HNA Y MADRE

Pilló el tren al salir de la estación, avisando, para que se quitaran, á los que estaban en la vía.

Foc... foc... foc... rugieron las calderas haciendo hincapié sobre las ruedas para arrastrar la carga.

Después se puso á correr por el campo, como potrero que sale en libertad de la cuadra, después de una encerrona de seis días.

Van los pasajeros en las ventanillas para contemplar el paisaje. En un departamento de segunda, una señora joven vigila á su pequetona que contempla asombrada cómo pasan volando los palcos del telégrafo, los campanarios de las aldeas, las casillas de los guardas.

La niña palmotea de júbilo viendo pasar por sus ojos tal confusión de cosas. La madre sonrte enagenada, contemplando la ategria infantil de su pequetona y...

Un *trac* domina el *trac*... *trac*... *trac*... de los coches al rodar sobre las vías. La ventana del departamento de segunda está abierta de par en par. El interior está vacío, no hay nadie... El tren continúa dejando otros departamentos, campanarios y casillas, y allá,

en un punto del camino, por donde acaba de pasar el ferreo convoy, se divisa un cuerpo pequenito de niña junto á otro de mujer.

Es que la pequetona se cayó del coche. La madre no se cayó, se tiró ella; vio el cuerpo de su hija caer al suelo y quedar inerte, y pensó en morir.

Dice ándaba por allí, de seguro, y afortunado el golpe, dejando á las salvas, abrazadas y sentadas al borde del camino, esperando socorro, á la hija que tenía aun en los ojos las señales del espanto y á la madre que lloraba de júbilo.

El socorro llegó ensagunda. Lo envió por su cuenta el señor Cánovas del Castillo que iba en el tren, en seguida que se enteró del suceso.

¡Cómo me gusta á mí ese hombre! Como andaluz, es un barbañ... Como español, ahí está él... Como hombre no hay quien le diga mal está ahí... ¡Si no fuera conservador!

RAUL

TIJERETAZOS

En las Ventillas de Madrid le han robado á un melonero un billete de 100 pesetas.

¡Melones son!

De cuarenta y dos provincias, sólo en tres, habiendo legisladores para el herfenjo del Impuesto sobre los coches, pero nada, nada, nada...

Era de esperar... ¡Si ese arribando no da más que un gusto!

Que me pregunten á los que se quedaron con la subasta en 1890 y perdieron los cuartos...

Y corrieron algunas veces delante del público, amotinados huyendo de algún palo que otro.

Dice un periódico, que el hijo del alcalde de Orense desempeña tres destinos, por los cuales cobra treinta mil reales.

¡Pero qué amigos de meterse en todo son los periodistas!

Ni al hijo del alcalde de Orense dejan en paz.

Y eso que tiene el padre alcalde...

ERNESTO MALTRAVERS.

17

de de hierro que servía para remover los carbones, y que estaba á su lado; á todo trance pensó que, por la presente, lo mejor sería esperar. Por otra parte, luego que estuviera solo podía descender el cerrojo, y ocurrirse fuera de la cabaña sin que nadie lo notara. Tal fué el resultado de sus meditaciones interin el huésped estuvo preparando el fuego.

—Esta noche dormireis un largo sueño: dijo aquel sonriendo.

—No sé; estoy muy agobiado del cansancio, y pienso que no podré dormir antes que pasen dos ó tres horas; pero cuando llego á cerrar los ojos me duermo como una piedra.

—Ven, Alicia, dejemos descansar á este caballero: buenas noches, señor mío.

—Buenas noches, buena noche! respondió el viajero bostezando.

Desaparecieron el padre y la hija por una puerta situada en un ángulo de la estancia, y se alojado los alzó abrir por una escalera que hacían crujir con sus pisadas: seguidamente todo quedó en silencio.

«¿Tan estúpido soy?» decía así mismo el extranjero; nada bastará, pues, para hacernos conocer que ya no soy un estudiante de Gotinga, ni para corregirnos de la manía de de las excursiones pedestres y de las aventuras que estas proporcionan. Si no hubiera sido por los lindos ojos azules de

16 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

pote el viajero, respondiéndola en alta voz: acaso vendéis muy caros vuestros ojos.

Alicia frunció las cejas, alzó los rízos de su cabellera con un movimiento de cabeza, y dijo, ó más bien, tartamudeó:

—Si traisis dinero, no lo digna á mi padre: procurad no dormirlos. Yo temo... silencio... ya viene.

Volvióse á su puesto el mancebo enteramente desconcertado, y cuando su huésped entró en la estancia, le examinó por primera vez con atención. La luz imperfecta del hogar, única y vacilante, lanzaba escasas sombras sobre las ásperas y ferozes facciones del dueño de la cabaña, y dirigiéndose la vista del viajero, al rostro, á los miembros y á la estatura de aquel, observó que todo el dabo que podía proyectarse con la mente, podía ejecutarse fácilmente con el cuerpo.

El vissero se entregó á una oscuria cavilacion. El viento silbaba, la lluvia azotaba las tapias; desde la ventana no se veía brillar más que una estrella, todo estaba negro por la parte exterior. ¿Debería volver á poperse en camino? ¿no encontraría otros peligros mayores en aquella vasta soledad? El dueño de la cabaña podía seguirle, atarle en medio de las tinieblas; él no llevaba mas armas que un palo grueso. Quedándose allí podía echar mano de un grande gar-

ERNESTO MALTRAVERS.

13

quetes de pan, unas papas y cerveza medianamente fuerte compusieron el banquete ofrecido al extranjero.

Apesar de sus anteriores bravatas, puso muy fea cara al ver aquel sacratico festin, al mismo tiempo que acercaba su asiento á la mesa. Pero sus ojos se llenaron de alegría al encontrarse con los de Alicia, y como ella permaneciera junto á la mesa tartamudeando algunas excusas, le tomó una de sus manos, y apretándosela fuertemente: ¡Joven interesante! le dijo, expresando en sus ojos que tenía fijos en ella, una sincera admiración; ¡joven interesante! después de haber caminado todo el día, y de haber atravesado por el país más horrible que encierran los tres mares, queda uno sobradamente cansado: á la noche con la vista de una cara tan linda.

Alicia retiró prontamente su mano, y fué á sentarse á un rincón de la pieza donde continuaba fijando en el extranjero su mirada vaga y sin expresión, aunque acompañada entonces de una semi-sonrisa.

El padre de Alicia miró con semblante severo á los dos jóvenes. —Cenad, señor mío, dijo haciendo una mueca irónica, y escuchad esas palabras insiduosas; la pobre Alicia es una muchacha honrada, así como vos mismo lo acabais de decir.

—No lo dudo, respondió el viajero aplicando con